

# LA PROTESTA

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden —

Redacción y Administración: PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

## DE CASA

Dediquemos hoy algunas líneas a exponer las labores de esta casa, a comentar la situación del diario y a auscultar las perspectivas de un futuro mejoramiento y ampliación de nuestras publicaciones.

Hemos vivido los últimos años en estado de guerra, podríamos decir; los enemigos de dentro y de fuera nos privaron de un instante de tregua para meditar en otros problemas que los planteados por los conflictos y las luchas contra los provocadores de cismas y los aspirantes a convertir nuestro movimiento en una jerarquía de jefezuelos y una masa amorfa sin derechos ni atribuciones.

Los ataques que nos llevaron fueron conducidos por la más baja deslealtad, unos, por la saña más profunda, otros. Hemos tenido que hacer frente con todas nuestras energías a la sucesión o coalición de adversarios. Y si fuésemos hoy a hacer el balance de estos cinco o seis años de conflictos agudos, veríamos la comprobación de una verdad que podemos enunciar tranquilamente: hemos conservado las características y las tendencias tradicionales de nuestro movimiento contra todos los peligros y adversarios de dentro y de fuera. El patrimonio que hemos recibido de nuestros antecesores, está ahí, y los que nos sucedan no podrán decir que lo hemos deteriorado, que hemos permitido una desviación de sus fines originarios.

Pero tal vez se haya podido formar la idea, en aquellos que no nos conocen, de una inclinación por nuestra parte a las luchas internas; nada más erróneo. Nunca hemos sido los provocadores de un cisma; siempre hemos sido provocados por la deslealtad de los unos, la soberbia de los otros, la malevolencia de los demás. Hoy creemos que la situación ha cambiado, que las posiciones se hallan perfectamente definidas y nos parece que estamos en mejor condición que los camaradas de cualquier otro país para iniciar una labor proselitista sobre bases sólidas, habiendo desalojado de nuestras filas el lastre del amoralismo y la ambición de las jefaturas. Es esa convicción la que nos lleva a encarar ahora con preferencia a cualquier otro los problemas de un ensanchamiento del radio de acción de nuestra propaganda.

Hemos quedado, tal vez, numéricamente más débiles; para muchos decepcionados y cansados de la lucha, los conflictos de los últimos años fueron un pretexto cómodo que les permitió alejarse de nuestras cosas. Allá ellos; otros vendrán a ocupar los puestos vacíos. Frente a nosotros hay un mundo virgen para nuestras ideas y con voluntad, perseverancia y entusiasmo hemos de abrir en esa mole de indiferencia o de hostilidad una brecha a los ideales de subversión. Es la lucha contra la reacción internacional imperan-

te, contra el espíritu negativo de las fuerzas del progreso, la que nos llama, y a esa lucha acudimos con entusiasmo, mientras que a la otra, a la que creemos ventajosa para siempre, hemos ido con dolor, con amargura.

Para responder a nuestros propósitos pensamos ampliar a partir del 1.º de septiembre próximo el formato de LA PROTESTA, dándole 6 columnas de texto, enriqueciendo su contenido informativo, su presentación estética y dirigiendo todas nuestras energías a repeler los avances del autoritarismo y del estatismo. En el diario procuraremos reflejar lo más fielmente posible todas las palpitaciones de nuestro movimiento en el país y también del resto del mundo. Será así un arma perfeccionada de lucha, que cumplirá su 30 aniversario, el 13 de junio próximo, con la aureola de una vida fecunda tras sí.

Para cooperar a ese aumento del formato del diario nos vemos forzados a aumentar el precio a 10 centavos. Se sabe

lo que pueda. Sólo la indiferencia y la inactividad son infeundas. que LA PROTESTA no tiene otras fuentes de entradas que las de su venta y la solidaridad de los camaradas interesados en sostenerla. Por lo demás, siendo 10 centavos el precio corriente de los diarios, los lectores, lo mismo que nosotros mismos, no se rehusarán al pequeño sacrificio que se les pide, sabiendo que de esa forma la independencia de nuestras publicaciones, que no es más que una mentira cuando se aceptan los avisos comerciales, será conservada como hasta aquí.

LA PROTESTA ha atravesado su vida azarosa en medio de la solidaridad ardiente de los anarquistas, y así esperamos que será en el porvenir. El diario es como un barómetro del estado del movimiento revolucionario; su prosperidad es simultáneamente la prosperidad de nuestras organizaciones obreras, de nuestra prensa regional y local, de todos los esfuerzos libertarios. Esto no lo han que rido entender aquellos individuos que contemplaban el movimiento anarquista de arriba a abajo, encastillados en la torre de marfil de sus pretensiones; tal vez hoy se hayan convencido de que la guerra al diario de los anarquistas es una guerra directa contra todos los esfuerzos libertarios y subversivos, incluso contra los propios.

## OPTIMISMO



A esto es a lo que en la Argentina llaman un record de aviación

## Sumario de este número

REDACCION:

“De casa”

Cultura de equilibrio

E. LOPEZ ARANGO:

“Partidos y sindicatos”

BIBLIOGRAFIA

EMMA GOLDMAN:

“La hipocresía del puritanismo”

Encuesta de Steubenville.

Respuesta de M. Nettlau y M. Buenacasa

R. ROCKER:

“De la maldición del practicismo”

No necesitamos pedir la opinión de cada amigo de LA PROTESTA para sentir que existe el deseo general de una reanudación de las actividades proselitistas; hay impaciencia de lucha, deseos de emplear las energías en labores más positivas, más constructivas. LA PROTESTA se hace eco de esas aspiraciones y presentamos que no hemos de tardar en constatar un florecimiento de entusiasmos que harán del movimiento anarquista de la Argentina el más vigoroso del mundo. Y entonces tendremos ante nosotros el panorama de toda la América latina, esperando nuestra ayuda y predispuesta ya por la obra de muchos precursores a recibir la buena semilla de la justicia social.

Para valorizar más el contenido del diario, a partir del 1.º de septiembre comenzaremos también a publicar en folletín el grandioso libro de Rudolf Rocker, *Johann Most, la vida de un rebelde*. Los que deseen acercarse a la esencia de uno de los más grandes agitadores anarquistas y compenetrarse de la historia del movimiento anarquista, leerán esa obra con verdadera fruición.

También advertimos que la transformación del formato del diario irá simultáneamente con un impulso a la Editorial y todo ello preparará el camino a un cambio importante en el SUPLEMENTO mismo, que se convertirá un día en el más alto exponente del pensamiento anarquista internacional.

¡Y ahora, manos a la obra! Siendo necesaria la cooperación de todos los camaradas, que en cada localidad se tomen las medidas del caso para que estos propósitos no se frustren. No hay un solo amigo del diario que no pueda contribuir con su óbolo a la prosperidad de la causa; hay quien puede hacerlo con la pluma; hay quien puede hacerlo con una buena voluntad. Que cada cada cual dé

AGUSTIN SOUCHY

### Gustav Landauer, el filósofo de la revolución

(Conclusión)

Landauer adopta una posición especial frente a los sindicatos. Rechaza toda su lucha por más altos salarios, fundándose en que lo único que resulta de ella es que los trabajadores tal vez podrán vivir mejor en la actual sociedad del sistema capitalista y del Estado. Rechaza esa lucha como el único medio para llegar al socialismo, pero no la rechaza como único medio auxiliar del proletariado para llegar a una vida en cierto modo soportable. Pero eso no modifica el hecho de que el "proletariado no se socorre sólo mediante la colaboración política en las organizaciones corporativas, sino también por medio de instituciones creadas por su propia solidaridad y con lo que ha sido creado por los capitalistas y el Estado, para hacer más soportable su situación y desviar lo del camino de la revolución".

Landauer no era sindicalista, y eso explica su actitud ante el movimiento obrero. Su crítica a los sindicatos se refiere justamente al reformismo dentro de los mismos, que quiere impedir por su táctica y sus métodos lo que es calificado de inevitable por los marxistas: el derrumbamiento del capitalismo. Sin embargo, Landauer no es un predicador de la lucha proletaria de clase. El principio del capitalismo es el principio del egoísmo en la más elevada potencia. Los trabajadores contribuyen con su política sindical reformista al mantenimiento de ese sistema, y por consiguiente al mantenimiento del principio egoísta. Pero ese principio es justamente el mayor enemigo del socialismo. Partiendo de estas consideraciones, Landauer llega a la convicción que expresa en las siguientes palabras:

"Los obreros se comportan en sus luchas por el salario como deben comportarse, en tanto que participantes de la sociedad capitalista: como egoístas, que luchan terriblemente, y como no pueden hacer nada por sí solos, como egoístas organizados, asociados. Organizadas y asociados con compañeros de oficio. Todas esas asociaciones de oficio constituyen juntas la totalidad de los trabajadores en su rol de productores para el mercado de los artículos capitalistas. En ese rol sostienen una lucha, como afirman, contra el empresario capitalista, pero en verdad contra sí mismos en su realidad como consumidores. El trabajador golpea, golpea a través de una sombra transparente y se da a sí mismo".

Así llega Landauer al resultado que hoy se ha vuelto un tópico vulgar: si aumentan los salarios entonces aumentan los precios de los artículos desproporcionadamente más; si se reducen los salarios los precios de los artículos disminuyen desproporcionadamente menos. De ahí que a la larga y en general la lucha del proletariado en su calidad de productor: le perjudica en su calidad de consumidor. Hay que confesar que el obrero desposeído no siempre está en situación de percibir sus intereses íntegros de clase. Por eso el proletariado de una industria se ve forzado a menudo a llevar a cabo una lucha que en sus consecuencias debe obrar egoístamente en la totalidad de los trabajadores, pues toda industria se encuentra en minoría frente a todas las otras industrias, y debe defenderse, tomando en consideración el encarecimiento de la vida.

Todo esto es inevitable mientras los trabajadores no comprendan que deben separarse del capitalismo — este es el pensamiento de Landauer. Esa lucha sin fin lleva en último resultado otra vez al capitalismo. Todo lo que acontece en la producción capitalista sirve para entrar más hondamente en el capitalismo, pero no lleva nunca hacia afuera. El camino de Landauer para la abolición del capitalismo consiste en incitar a los trabajadores a que salgan del capitalismo. Eso ocurrirá en parte por la fundación de sociedades de consumo, de modo que los obreros mismos adquieran los productos, sin intermediarios, en parte y principalmente por la agrupación en asociaciones que dedican su producción al empleo propio; es decir, en otras palabras: por la fundación de colonias socialistas, por el

comienzo a vivir socialmente, al margen del capitalismo. Como se imagina Landauer ese camino lo veremos más adelante. Ante todo queremos tratar cortamente el punto de vista de Landauer sobre las esperanzas del proletariado de libertarse por otra vía.

Un medio bastante radical y que puede proporcionar a los trabajadores una parte de la ganancia capitalista es la fijación de salarios mínimos y de precios máximos por la legislación estatal y comunal. Ese medio fué empleado por las comunas de la edad media y también — sin embargo sin mayor éxito — por la revolución francesa. Dejemos a un lado la política comunal de la edad media, en la que se trataba de condiciones diversas, de una verdadera cultura y una vida colectiva real, y podemos decir: una semejanza confusión de los bienes sería una política revolucionaria de clases que tal vez fuese buena en los enormes períodos de transición; sin embargo, sólo representa, a lo sumo, un trecho de camino hacia el socialismo, pero no el socialismo mismo, pues el socialismo no es una operación de fuerza, sino verdadera salud y saneamiento.

Si se exigiera, no sólo salarios superiores, sino precios inferiores, entonces se acercaría los trabajadores a sus fines: la reducción del beneficio del capitalismo. Pero no llevaría al socialismo, a lo sumo sería una mezcla curiosa de socialismo y de capitalismo; la lucha de los productores es un fenómeno de decadencia del capitalismo. Altos salarios y bajos precios simultáneamente; eso es por completo inarmónico en la sociedad capitalista, y ésta no podría soportar los efectos de un tal fuerte movimiento de los sindicatos y del movimiento cooperativo paralelo. Un curso forzoso del dinero como eso — pues no otra cosa sería — despertaría una poderosa lucha y sería el comienzo de la bancarrota del Estado y de la ruina de la sociedad capitalista.

"Con altos salarios y bajos precios se hace imposible la vida de la sociedad capitalista... La dificultad para procurar dinero, la suspensión de las crisis crónicas y la circulación perezosa en el período de revolución, llevaría a una catástrofe", dice Landauer, y tenía razón. Los acontecimientos revolucionarios en Rusia, Alemania y Hungría lo demostraron. Por consiguiente, propone la táctica que ha propagado Proudhon tan magníficamente en el 48, pero sin resultados: ¡bajos precios, bajos salarios! Landauer quiso aplicar eso en la revolución bávara; lo propagó; pero el doctor Neurath, el emisor de economía de la república bávara de los consejos, perseguía otros planes. Todos esos planes no pudieron tener resultados, porque pronto llegaron los bandidos nostálgicos, vencieron la revolución y Landauer cayó entre las víctimas.

Landauer es contrario a que los trabajadores unan simultáneamente la exigencia de disminución de la jornada con el aumento del salario por hora.

Bajo el sistema capitalista los trabajadores no pueden soportar que determine otro principio que su necesidad, su renta. Simultáneamente que por la disminución de la jornada deben luchar los trabajadores contra el trabajo a destajo y el salario por horas. Pues la disminución de la jornada no debe reducir sus entradas ni imponerles una labor en exceso intensiva. Por tanto, Landauer afirma que los obreros, en particular en ciertos oficios e industrias, como por ejemplo en la construcción, no debían exigir un salario por hora, sino por día. Al conservar el salario por hora los obreros están forzados, en toda lucha por la reducción de la jornada, a exigir también un aumento del salario por hora, y a menudo tal lucha termina con un compromiso: obtienen una cosa y deben renunciar a la otra; es decir, disminuyen simultáneamente, por ejemplo, su jornada y su renta. En consecuencia, Landauer es de opinión que los obreros no deben luchar bajo la sociedad capitalista por un salario a destajo o por horas, sino por un salario por día. Si los obreros tuviesen un salario por día,

no se dejarían quitar tan fácilmente su renta por la reducción de la jornada. Su solución sería: ¡Salario por día! Especialmente, porque todo el que tiene oídos para la voz de la cultura hallaría aquí con meridiana claridad que los obreros no son hombres libres que entran en el mercado de la vida, para cambiar sus productos, sino esclavos que dependen de sus amos para el mantenimiento de su vida.

La lucha de los trabajadores para una existencia mejor en las condiciones actuales es seguramente necesaria. Pero no lleva al socialismo, sino a la fortificación del sistema actual. Con ella se ocupan lo obreros, lo mismo que los capitalistas, industriales, comerciantes y funcionarios del Estado, interesados en el mantenimiento del capitalismo, — de la prosecución del sistema capitalista. Todos los hombres están comprometidos en la explotación recíproca, cada cual debe defender sus intereses particulares y perjudicar a la generalidad.

El que comprende eso, dice Landauer, debe comprender al mismo tiempo el derribo del marxismo. El marxismo creía saber que el socialismo es preparado por las instituciones y el proceso de destrucción de la sociedad burguesa. Y la lucha de las masas de proletarios, siempre crecientes y siempre decididas, siempre capaces de acciones revolucionarias, era un acto previo, necesario, de la historia para la realización del socialismo. Pero en realidad la lucha de los trabajadores, en tanto que productores no es más que un movimiento circular del capitalismo. No se puede decir que esa lucha levó o lleva a un mejoramiento de la situación de la clase obrera; sólo una cosa es cierta, que habita a los trabajadores a la situación general de la sociedad actual.

"El marxismo es uno de los factores, y no de los menos esenciales, que sostienen el estado de cosas capitalista, lo fortifican y lo hacen más pernicioso por sus efectos sobre el espíritu de los pueblos. Los pueblos, la burguesía, lo mismo que la clase obrera, se identifican más y más con las condiciones de la adquisición brutal del dinero; la claridad, la rebelión y la alegría renovadora se reducen más y más en especial en las clases que sufren bajo condiciones miserables, que viven a menudo en la penuria y en la privación, y siempre en la pobreza. El capitalismo no es un período de progreso, sino de ruina.

El socialismo no viene por el camino del desenvolvimiento capitalista, ni por la lucha de los obreros como productores dentro del capitalismo.

La crítica de Landauer a la lucha del proletariado como productor aparece al primer momento característica; pero al profundizarla se encuentra con una amarga verdad. Mientras los obreros luchan dentro de la sociedad capitalista por condiciones mejores, más soportables, y sólo por ellas, el pensamiento de Landauer es acertado. Pero cuando los trabajadores utilizan su poder de productores para organizar, de acuerdo con la doctrina sindical, por su organización de productores, la economía socialista, entonces la cosa aparece bajo otra luz. Landauer responde: ¡Si, si os organizarais para el socialismo, si quisierais solamente comenzar! Pero no podéis bajo el capitalismo. El socialismo comienza con el consumo. Los obreros son explotados, porque no pueden consumir por sí mismos todo lo que producen. La falta está innegablemente en el consumo. Emplead por vosotros mismos vuestros productos que ejecutáis como productores, entonces tenéis el socialismo. Pues eso y nada más tiene por finalidad la economía socialista: que los trabajadores y el pueblo pongan su trabajo al servicio de sí mismos. Si una parte de los trabajadores forma cooperativas de consumo y producen por sí lo que consumen, entonces han puesto su trabajo al servicio de sus propias necesidades.

### LOMBROSO Y LOS ANARQUISTAS

Por RICARDO MELLA

(Estudio y réplica)

Un volumen de 172 págs. en 8°.

Precio \$ 1.—

Se vende en esta administración

Pero hay que tener presente otro aspecto de las cosas. Por la lucha de clases los obreros son forzados al mismo punto de vista egoísta en que están los capitalistas. El capitalismo no es una institución petrificada, inmóvil, eternamente firme, sino que consiste precisamente en que los seres humanos sean egoístas. Consiste en la aspiración egoísta. El socialismo sólo puede convertirse en realidad cuando los hombres superen ese punto de vista. Si los trabajadores son forzados a colocarse en su lucha por el socialismo en el mismo estado moral que el que quieren superar, entonces hay pocas perspectivas de que lleguen alguna vez a su meta.

No debemos perder nunca del horizonte que el socialismo no es una institución externa que nos hará felices, que nos redimirá del mal del capitalismo, del Estado moderno, de la guerra. El socialismo es la vida, una nueva vida, que debe surgir del interior de nosotros mismos si debe llegar alguna vez a ser realidad externa. Por eso no podemos tampoco llegar al socialismo por la dictadura del proletariado como creen muchos. Si en Rusia se entrevistó, en parte, semi-vergonzadamente bajo el sistema de la dictadura del proletariado, una vida socialista, esa vida no apareció a causa de la dictadura del proletariado, sino a pesar de ella. Y eso fué así, porque el pueblo laborioso, los campesinos y los obreros (los obreros que hace muy poco tiempo eran también campesinos), antes de la invasión del capitalismo moderno llevaban una vida comunista en sus organizaciones comunales independientes. Los marxistas se pueden equivocar, eso no cambia nada en la exactitud de esa frase que Rusia, que verdaderamente, según la doctrina del marxismo, no había llegado aún a su última fase de la evolución capitalista, está más cerca del socialismo que los demás países europeos. Fué principalmente Alejandro Herzea el que estuvo penetrado por la creencia de que el pueblo ruso, aun no carcomido por el capitalismo europeo, era mucho más accesible al comunismo que ningún otro pueblo. Pero según la doctrina marxista, la vida, las tradiciones de un pueblo no tienen la más insignificante importancia para el socialismo; todo procede de la evolución de la época capitalista. Según esta doctrina, el socialismo sólo puede venir cuando han sido recorridas todas las fases del capitalismo. El anarquismo rechaza esa parte de las doctrinas marxistas fundamentalmente, y es más bien de opinión que no depende tanto de los estados del desenvolvimiento del capitalismo como en primer línea de las posibilidades y del espíritu de que está animado el pueblo. Si falta el espíritu de la solidaridad, aquel lazo común del sentimiento de la conexión, del cual surgen sin autoridad alguna los actos socialistas, la dictadura del proletariado no puede hacer lo más mínimo para la realización del socialismo.

Cuando se rechaza desde ese punto de vista la dictadura del proletariado, no se hace porque esa dictadura ejercería la violencia contra los enemigos de la liberación del pueblo. Para los marxistas y partidarios de la dictadura lo más importante es quién ejercerá el poder y la dominación; si son representantes de los trabajadores entonces justifican esa violencia. Por el planteamiento de la dictadura del proletariado todo el asunto de la realización del socialismo es postergado. No se trata de quién ejercerá la dictadura o la dominación, sino de si aquellos que quieren introducir el socialismo viven también socialmente. Y aquí debe ser recordado: El socialismo no es una institución externa, por la que seremos dichosos: el socialismo es una nueva vida que debe vivirse, que debe aprenderse a vivir. Después de haber vivido los seres humanos a través de muchos siglos bajo las instituciones egoístas, sólo pueden vivir en socialismo aquellos que lo aman seriamente, los que se entregan con todo a su ser a la realización y que o bien han permanecido indemnes del principio del capitalismo y del egoísmo, o bien se han libertado de esos venenos por una intensa lucha. Hemos visto lo que sucedió en Hungría y emos aún lo que sucede cuando la corrupción invade el campo del movimiento obrero socialista. Y así se puede comprender a Landauer cuando dice que por una lucha, para la cual se coloca uno en el mismo estado que los capitalistas, no se puede llegar al socialismo.

E. L. ARANGO

### PARTIDOS Y SINDICATOS

Estatismo, democracia y lucha de clases

El problema de la independencia sindical se ha discutido muchas veces y de particular modo en los últimos años. En realidad, el movimiento obrero no es libre... en la medida que lo quisieran los sindicalistas neutros. Está subordinado a influencias políticas y doctrinarias contradictorias, porque precisamente él mismo nació de una manifiesta contradicción histórica: la que representa el orden social vigente, de libertad jurídica y de completa esclavitud económica.

Antes de la guerra los sindicatos reformistas dependían exclusivamente de la influencia y de la dirección de los partidos social-demócratas. Existía un movimiento obrero independiente — en relación, claro está, con las organizaciones centrales, en cierto modo reconocidas por la burguesía y los gobiernos — a su vez sujeto a diversas corrientes ideológicas y en cierto modo dependiente del temperamento y la idiosincrasia de cada pueblo. De ahí que en los países latinos el sindicalismo asumiera características revolucionarias, mientras que en Inglaterra, Alemania y Estados Unidos, por una total adaptación de los trabajadores al medio industrial y por la prevalencia de la doctrina marxista, llegaron a identificarse con la propaganda y los métodos de los partidos socialistas parlamentarios.

La independencia absoluta de los sindicatos, en relación con los partidos o los grupos ideológicos, nunca ha existido ni podrá existir. Alimentan esa ilusión los sindicalistas neutros — que se llaman puros por oposición a todo embanderamiento —, pero ellos mismos obran como partidarios de una tendencia y aplican al movimiento obrero un criterio que excluye el de reales o supuestos adversarios. La función económica del sindicato está regida por el factor social, y en ese factor intervienen contingencias ajenas a la voluntad de los trabajadores. En consecuencia, no basta con asociar a los obreros para la lucha contra el capitalismo: el frente de batalla abarca también los problemas políticos y, para resolverlos, es necesario tener en cuenta la existencia del Estado.

Cuando los políticos marxistas hablan de la independencia sindical, formulan su propósito de subordinar los sindicatos a su dirección partidista. No ignoran la existencia del Estado, porque se ignoran a sí mismos. Del mismo modo que consideran que el triunfo de su causa está en la conquista del poder político, entienden que para llegar a monopolizar el poder económico deben contar con el previo sometimiento de los trabajadores. Y, claro está, los organizan por el sistema militar, disfrazado con fórmulas civiles, y les imponen una férrea disciplina en mascarada con las palabras de orden de la democracia.

Frente a la competencia bolchevique, que disputa a los viejos partidos reformistas la dirección del proletariado, los jefes de la Internacional de Amsterdam invocan la independencia de los sindicatos. Esa independencia es un mito en las corporaciones social-demócratas. La disciplina militar impuesta por los comités directivos y por la burocracia sindical, aun a toda oposición independiente y ahogado todo movimiento de ideas que difiera con el criterio oficial de las jerarcas sindicalistas. Pero si una parte del proletariado sacude la tutela de esa casta de nuevos privilegiados, los que perdieron la dirección acusan de dictadores a los que la tomaron a sus expensas.

En esa única realidad se basa la actual disputa entre los social-reformistas y los bolcheviques. Moscú entabla una competencia ruinosa a Amsterdam en el terreno de la burocracia sindical. Gracias a la influencia de la revolución rusa, el sector "comunista", que invocaba su carácter de vanguardia del proletariado, consiguió en la primera hora desalojar de sus posiciones a una gran parte de los jefes reformistas. Y surgió el viejo pleito de la prevalencia del partido sobre el sindicato, que negaban todos los políticos, pero que en realidad existía bajo las

nuevas condiciones sociales en la misma medida que existió en el largo período de la evolución del marxismo al plano parlamentario y ministerial.

Refiriéndose a Rusia, que es donde el sindicalismo de Estado ofrece aspectos más concretos y demostraciones más amplias de la tendencia del marxismo a dominar a los trabajadores organizados, los jefes de la Internacional de Amsterdam hablan de la existencia de un movimiento opositor que reclama la independencia de los sindicatos. No puede existir un movimiento particular, al menos sindical, en un régimen de dictadura como el bolchevique. Pero los socialistas hablan de la introducción del sistema democrático en Rusia, que les facilitaría el juego político en el plano nacional, y esa práctica debe comenzar naturalmente por los sindicatos.

Refiriéndose, pues, a ese deseo de intervención en la política rusa, cerrada hasta ahora por el exclusivismo bolchevique, dicen los burocratas de la Internacional de Amsterdam que en Rusia se acentúa cada vez más la tendencia a libertar los sindicatos de su subordinación actual a la dominación comunista del Estado y a desprenderse de su incorporación al sistema económico ruso. Y suponen que ese movimiento que aparecen, tiende a constituir una representación verdadera de la clase obrera en contra del poder de Estado y de las administraciones oficiales.

Es de una falsedad evidente la fórmula que aplican los social-demócratas al pretendido movimiento de independencia de los sindicatos obreros rusos. La concepción estatista del sindicalismo, la subordinación de las organizaciones obreras a una razón de Estado — política y económica — no es patrimonio exclusivo de los bolcheviques: constituye la esencia de las teorías marxistas. En consecuencia, sólo puede existir un problema de dirección en el movimiento obrero ruso, máxime cuando la actual controversia surge de la burocracia sindical y la encabezada el mismo Tomsky, presidente de la Confederación General del Trabajo rusa y comunista de primera fila.

Al hacer referencia a la oposición obrera encabezada por Tomsky, el informe de la Internacional de Amsterdam, que aquí comentamos, dice lo siguiente:

"En los congresos de diferentes profesiones se ha oído también el mismo eco. Así se ve que en el congreso de los Obreros del Textil, que se ha celebrado en mayo, la ejecutiva de la Federación fué acusada de no haber sido capaz de atraer el obrero a su sindicato y que no defendía de un modo bastante decidido los intereses de los miembros. Tanto la ejecutiva federal como los comités sindicales locales parece que han cometido la falta grave de olvidar que su deber principal era la defensa de las reivindicaciones del trabajador organizado. Al declarar la dirección de la Federación el aumento de los salarios era en verdad necesario, pero que no era posible por causa de la situación difícil en que se encuentra la industria, ha puesto en dificultades a los sindicatos locales y enervado a los trabajadores sin ninguna utilidad. Se dice que existe una crisis de confianza entre los trabajadores y que a menudo llega a tomar la forma de una ruptura entre los asociados y su organización. También parece que los dirigentes de la Federación tienen inclinación demasiado pronunciada a ir al encuentro de los deseos de los directores de empresas y a constituir con éstas un "frente único" en detrimento de los obreros.

"Quejas semejantes se han dejado oír en el congreso de los obreros que se celebró también en mayo. El principio de la democracia sindical no se aplica integralmente en todos los lugares; y sucede a menudo que los funcionarios sindicales, una vez elegidos, pierden el contacto con sus mandantes y desdichadamente hacen informes sobre la ejecución de las resoluciones tomadas por reuniones anteriores. La democracia sindical se con-

vierte con frecuencia en una burocracia sindical y la dirección de la Federación ejerce, no pocas veces, presión sobre los sindicatos locales para que elijan personas de su conveniencia. Ha sucedido repetidas veces que se ha quitado la palabra a obreros que trataban de criticar la actividad del sindicato".

Los burocratas de Amsterdam descubren los vicios y corrupciones de la burocracia moscovita. Pero ¿no están ellos en el mismo caso?

El sindicalismo estatista es una consecuencia de la concepción político-económica del marxismo. La independencia de los sindicatos es una fórmula vacía: un recurso político para asegurar la dominación de un partido de avanzada sobre la masa trabajadora. En consecuencia, sólo por la autocapacitación del proletariado podremos llegar a la meta anhelada: la revolución social, sin Estado, sin directores políticos o sindicales, sin dictadura y sin jerarquía.

EMMA GOLDMAN

### LA HIPOGRESIA DEL PURITANISMO

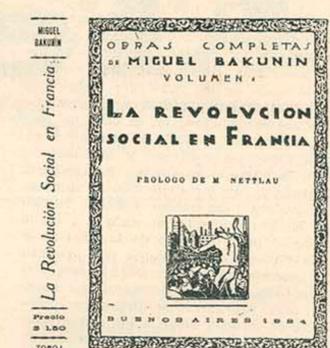
Hablando del puritanismo respecto al arte, Mr. Gutzon Borglum ha dicho:

"El Puritanismo nos ha hecho tan estrechos de mente y de tal modo hipocritas y ello por tan largo tiempo, que la sinceridad, así como la aceptación de los impulsos más naturales en nosotros han sido completamente destruidos, con el consecuente resultado que ya no pudo haber verdad alguna, ni en los individuos ni en el arte".

Mr. Borglum pudo añadir que el Puritanismo hizo también imposible e intolerable la vida misma. Esta, más que el arte, más que la Estética, representa la belleza en sus miles cambiantes y variaciones; es, en realidad, un gigantesco panorama en mudanza continua. Y el Puritanismo al contrario, fijó una concepción de vida inamovible; se basa en la idea calvinista, por la cual la existencia es una maldición que se nos impuso por mandato de Dios. Con la finalidad de redimirse, la criatura humana ha de penar constantemente, deberá repudiar todo lo que le es natural, todo sano impulso, volviéndole la espalda a la belleza y a la alegría.

El Puritanismo inauguró su reinado de terror en Inglaterra durante los siglos XVII y XVIII, destruyendo y persiguiendo toda manifestación de arte y cultura. Ha sido el espíritu del Puritanismo el que le robó a Shelley sus hijos porque no quiso inclinarse ante los dictados de la religión. Fué la misma estrechez espiritual que enemistó a Byron con su tierra natal, porque el genio supo rebelarse contra la monotonía, la vulgaridad y la pequeñez de su país. Ha sido también el Puritanismo el que forzó a algunas mujeres libres de Inglaterra a incurrir en la mentira convencional del matrimonio: Mary Wollstonecraft, luego George Eliot. Y más recientemente también exigió otra víctima: Oscar Wilde. En efecto, el Puritanismo no cesó nunca de ser el factor más pernicioso en los dominios de John Bull, actuando como censor en las expresiones artísticas de su pueblo, estampando su consentimiento solamente cuando se trataba de la respetable vulgaridad de la mediocracia.

Y es por eso que el depurado británico *jingoismo* (o sea la bellicosidad puritana), ha señalado a Norte América como uno de los países donde se refugió el *provincialismo* puritano. Es una gran verdad que nuestra vida ha sido infectada por el puritanismo, el cual está matando todo lo que es natural y sano en nuestros impulsos. Pero también es verdad que a Inglaterra debemos el haber transplantado a nuestro suelo esa aborrecible doctrina espiritual. Nos fué legada por nuestros abuelos, los peregrinos de Mayflower. Huyendo de la persecución y de la opresión, la fama de los padres peregrinos hizo que se estableciera en el Nuevo Mundo el reinado puritano de la tranía y el crimen. La historia de Nueva Inglaterra y especialmente de Massachusetts, está llena de horrores que convirtieron la vida en tinieblas, la alegría



En toda la república, la suscripción mensual del diario y del SUPLEMENTO, es de 2 \$

en desesperación, lo natural en morbosa enfermedad, y la honestidad y la verdad en odiosas mentiras e hipocresías. Emplumar vivas las víctimas con alquitrán, así como condenarlas al escarnio público de los azotes, como otras tantas formas de torturas y suplicios, fueron los métodos ingleses puestos en práctica para purificar a Norte América.

Boston, ahora una ciudad culta, ha pasado a la historia de los anales del puritanismo, como *La Ciudad Sangrienta*. Rivalizó con Salem, en su cruel persecución a las opiniones heréticas religiosas. Una mujer medio desnuda, con su bebé en brazos, fué azotada en público por el supuesto delito de abusar de la libertad de palabra; en el mismo lugar se ahorcó a una mujer cuáquera, Mary Dyer, en el año 1657. En efecto, Boston ha sido teatro de muchos crímenes horribles cometidos por el Puritanismo. Salem, en el verano de 1692, mató ochenta personas acusadas del imaginario delito de brujería. Como bien dijo Canning: *Los peregrinos del Mayflower infectaron el Nuevo Mundo para endurecer los enteros del Viejo*". Los actos vandálicos y los horrores de ese período hallaron su suprema expresión en uno de los clásicos norteamericanos: "The Scarlet Letter".

El Puritanismo ya no es el espíritu del torriquete y la mordaza, pero sigue manteniendo una influencia cada vez más de letérea, pernicioso, en la mentalidad norteamericana. Ninguna palabra podrá explicar, por ejemplo, el poder omnívoto de Comstock. Lo mismo que Torquemada de los días sombríos de la inquisición, Comstock es el autócrata de nuestra moral; dicta los cánones de lo bueno y de lo malo, de la pureza y del vicio. Como un ladrón en la noche, se desliza en la vida privada de las personas, espionando sus intimidades más recatadas. El sistema de espionaje implantado por este hombre supera en desvergüenza a la infame Tercera división de la policía secreta rusa. ¿Cómo puede tolerar la opinión pública semejante ultraje a sus libertades públicas y privadas? Simplemente porque Comstock es la grosera expresión del puritanismo que se injertó en la sangre anglosajona, y aun los más avanzados liberales no han podido emanciparse de esta triste herencia esclavizadora. Los cortos de entendimiento y las principales figuras de *Young Men's and Women's Christian Temperance Unions, Purity Ligue, American Sabbath Unions, y el Prohibition Party*, con su patrono y santón Anthony Comstock, son los sepultureros del arte y de la cultura norteamericana.

Europa por lo menos puede jactarse de poseer cierta valentía en sus movimientos literarios y artísticos, los que en sus múltiples manifestaciones trataron de ahondar los problemas sociales y sexuales de nuestro tiempo, ejerciendo una severa crítica acerca de todas nuestras indudables fallas. Con el bisturi del cirujano ha diseccionado la carcasa del Purita-

nismo, intentando despejar el camino para que los hombres, descargados del peso muerto del pasado, puedan marchar un poco más libremente. Mas aquí el puritanismo es un constante freno, una insistente traba que desvia, deforma la vida norteamericana, en la cual no puede germinar la verdad, ni la sinceridad. Nada más que sordidez y mediocridad dicta la humana conducta, coartando la naturalidad de las expresiones, sofocando nuestros más nobles y bellos impulsos. El Puritanismo del siglo XX sigue siendo el peor enemigo de la libertad y de la belleza, como cuando por primera vez desembarcó en Plymouth Rock. Repudia como algo vil y pecaminoso nuestros más profundos sentimientos; pero siendo él sordo y ciego a las armoniosas funciones de las emociones humanas, es el creador de los vicios más inexplicables y sádicos.

La historia entera del ascetismo religioso prueba esta verdad irrefutable. La Iglesia, así como la doctrina puritana, ha combatido la carne como un mal, y ha querido domar a toda costa. El resultado de esta malsana actitud ha ya compe- netrado la mentalidad de los pensadores y educacionistas modernos, quienes han reaccionado contra ella. Han comprendido que "la desnudez humana posee un valor incomparable, tanto físico como espiritual; aleja con su influencia la natural curiosidad maliciosa de los jóvenes y actúa sobre ellos como un preventivo contra el sensualismo y las emociones mórbidas. Es también una inspiración para los adultos, quienes crecieron sin satisfacer esa juvenil curiosidad. Además, la visión de la esencia de la eterna forma humana, lo que hay de más cerca a nosotros en el mundo, con su vigor, su belleza y gracia es uno de los más portentosos tónicos de esta vida. (*The psychology of sex*). Pero el espíritu del puritanismo ha pervertido de tal manera la imaginación de la gente, que ella ha perdido ya su frescura de sentimientos para apreciar la belleza del desnudo, obligándonos a ocultarlo con el pretexto de la castidad. Y todavía la castidad misma no es más que una imposición ar-

tificial a la naturaleza, evidenciando una falsa vergüenza cuando hemos de exhibir la desnudez de la forma humana. La idea moderna de la castidad, en especial respecto a las mujeres, no es más que la sensual exageración de las pasiones naturales. "La castidad varía según la cantidad de ropa que se lleva encima", y de ahí que un purista cristiano procura cubrir el fuego interior, su paganismo, con muchos trapos, y en seguida se ha de convertir en puro y casto.

El puritanismo, con su visión perversa tocante a las funciones del cuerpo humano, particularmente a la mujer la condenó a la soltería, o a la procreación sin discernir si produce razas enfermas o taradas, o a la prostitución. La enormidad de este crimen de lesa humanidad aparece a la vista cuando se toma en cuenta los resultados. A la mujer célibe se le impone una absoluta continencia sexual, so pena de pasar por inmoral, o fallida en su honor para toda su existencia; con las inevitables consecuencias de la neurastenia, impotencia y abulia y una gran variedad de trastornos nerviosos que significarán desgan para el trabajo, desvios ante las alegrías de la vida, constante preocupación de deseos sexuales, insomnios y pesadillas. El arbitrario, nocivo precepto de una total abstinencia sexual por parte de la mujer, explica también la desigualdad mental de ambos sexos. Es lo que cree Freud, que la inferioridad intelectual de la mujer o de muchas mujeres respecto al hombre, se debe a la coacción que se ejerce sobre su pensamiento para reprimir sus manifestaciones sexuales. El puritanismo, habiendo suprimido los naturales deseos sexuales en la soltera, bendice a su hermana casada con una prolífica fecundidad. En verdad, no sólo la bendice, sino que la obliga, frágil y delicada por la anterior continencia a tener familia sin consideración a su debilidad física o a sus precarias condiciones económicas para sostener muchos hijos. Los métodos preventivos para regular la fecundidad femenina, aun los más seguros y científicos, son absolutamente prohibidos; y aun la sola mención de ellos podrá atraer a quien los enuncie el calificativo de criminal.

Gracias a este tiránico principio del Puritanismo, la mayoría de las mujeres se hallan en el extremo límite de sus fuerzas físicas. Enfermas, agotadas, se encuentran completamente inhabilitadas para proporcionar el más elemental cuidado a sus hijos. Añadido esto a la tirantez económica, impele a una infinidad de mujeres a correr cualquier riesgo antes que seguir dando a luz. La costumbre de provocar los abortos ha alcanzado tan grandes proporciones en Norte América, que es algo increíble. Según las investigaciones realizadas en este sentido, se producen diez y siete abortos cada cien preñeces. Este alarmante porcentaje comprende sólo lo que llega al conocimiento de los facultativos. Sabiendo con el secreto que debe desenvolverse necesariamente esta actividad y con el fatal corolario de la inexperiencia profesional con que se llevan a cabo estas operaciones clandestinas, el Puritanismo sigue segando miles de víctimas por causa de su estupidez e hipocresía.

La prostitución, no obstante se le dé caza, se la encarcele y se la cargue de cadenas, es a pesar de todo un producto natural y un gran triunfo del Puritanismo. Es uno de los niños más mimados de la bigotería devota. La prostituta es la furia de este siglo que pasa por los países civilizados como huracán que siembra por doquier enfermedades asquerosas en devastación mortífera. El único remedio que el Puritanismo ofrece para este su hijo malcriado es una intensa represión y una más despiadada persecución. El último desmán sobre este asunto ha sido la Ley Page, que impuso al Estado de Nueva York el último crimen de Europa, es decir, la libreta de identidad para estas infortunadas víctimas del Puritanismo. De igual manera busca la ocultación del terrible morbo — su propia creación — las enfermedades venéreas. Lo más desalentador de todo esto, fué la obtusa estrechez de este espíritu que llegó a emponzoñar a los llamados liberales, cogiéndoles para que se uniesen a la cruzada contra esta cosa nacida de la hipocresía del puritanismo — la prostitución y sus resultados. En su cobarde miopía se rehusa ver cuál es el verdadero método de prevención, el que puede consistir en esta simple declaración: "Las enfermedades venéreas no son cosas misteriosas, ni terribles, ni son tampoco el castigo contra la carne pecadora, ni una especie de vergonzoso mal hundiéndose por la maldición puritana sino una enfermedad como otra que puede ser tratada y curada". Por este régimen de subterfugios, de disimulo, el Puritanismo ha favorecido las condiciones para el aumento y el desarrollo de estas enfermedades. Su mojigatería se ha puesto al desnudo más que nunca debido a su farsesca actitud respecto al descubrimiento del profesor Ehrlich, y cuya indecible hipocresía intenta echar una suerte de velo sobre la importante cura de la sífilis, con la vaga alusión de que es un remedio para "cierto veneno".

Su ilimitada capacidad para hacer el mal tiene por causa su atrincheramiento tras del Estado y las leyes. Pretendiendo salvaguardar a la gente de los grandes pecados de la inmoralidad, se ha infiltrado en la maquinaria del gobierno, y añadió a su usurpación del puesto de guardián de la moralidad, que le correspondía a la censura legal, la fiscalización de nuestros sentimientos y aún de nuestra propia conducta privada.

El Arte, la Literatura, el Teatro y la intimidad de la correspondencia privada, se hallan a merced de este tirano. Anthony Comstock u otro policía igualmente ignorante, retiene el poder de profanar el genio, de pisotear y mutilar las sublimes creaciones de la naturaleza humana. Los libros que tratan e intentar dilucidar las cuestiones más vitales de nuestra existencia, los que procuran iluminar con su verbo los oscuros y peligrosos problemas del vivir contemporáneo, son tratados como tantos delitos cometidos; y sus infortunados autores arrojados a la cárcel, o sumidos en la desesperación y la muerte.

Ni en los dominios del zar se ultraja tan frecuentemente y con tal extensión las libertades personales como en los Estados Unidos — la fortaleza de los eunucos puritanos. Aquí el solo día de fiesta, de expansión, de recreo, el sábado se ha hecho odioso y completamente antipático. Todos los autores que escribieron so-



¡No los olvidemos!

bre las costumbres primitivas han convenido que el Sábado fué el día de las festividades libre de enojosos deberes, un día de regocijo y de alegría general.

En todo los países de Europa esta tradición sigue aportando algún alivio a la gente, contra la formidable monotonía y la estupidez de la era cristiana. En las grandes ciudades, en todas partes, las salas de conciertos y de variedades, teatros, museos, jardines, se llenan de hombres, de mujeres y de niños, especialmente de trabajadores con sus familias rebozantes de alegría y de nueva vida, olvidados de la rutina y de las preocupaciones de los otros días ordinarios. Y es que en ese día las masas demuestran lo que realmente significa la vida en una sociedad sana, que por el trabajo esclavo y sus sórdidas miras utilitarias, echa a perder todo propósito ennobecedor.

Y el Puritanismo norteamericano le robó a su pueblo, asimismo, ese único día de libre expansión. Naturalmente que los únicos afectados son los trabajadores; nuestros millonarios poseen sus palacios y los sumiosos clubs. Es el pobre el que se halla condenado a la monotonía aburridora del sábado norteamericano. La sociabilidad europea, que se expande alegremente al aire libre, se trueca aquí por la penumbra de la iglesia o de la nauseabunda e inficionada atmósfera de la cantina de campaña, o por el embrutecedor ambiente de los despachos de bebidas. En los Estados donde se hallan en vigencia las leyes prohibitivas el pueblo adquiere con sus magras ganancias licores adulterados y se embriaga en su casa. Como todos bien saben, la ley de Prohibición de los alcoholes no es más que una farsa. Esta, como otras empresas e iniciativas del Puritanismo, trata solamente de hacer más virulenta la perversión, el mal, en la criatura humana. En ningún sitio se encuentran tantos borrachos como en las ciudades donde riga el régimen prohibitivo. Pero mientras se pueda usar siempre caramelos perfumados para despistar el tufo alcohólico de la hipocresía todo irá bien. Si el propósito ostensible de esa ley prohibitiva es oponerse al expendio de los licores por razones de salud y economía, su espíritu siendo anormal, no hace más que dar resultados anormales, creando una vida de anormalidad y de aberración.

Todo estímulo que excita ligeramente la imaginación e intensifica las funciones del espíritu, es necesario, como el aire para el organismo humano. A veces vigoriza el cuerpo y agranda nuestra visión sobre la fraterna cordialidad universal de los seres humanos. Por otra parte, sin los estimulantes de una forma o de otra, es imposible la labor creadora, ni tampoco ese tolerante sentido de la bondad y generosidad. El hecho de que algunos hombres de genio hallaron su inspiración en el cáliz de cualquier excitante y abusaron también de ellos, no justifica que el Puritanismo intente amordazar toda la gama de las emociones humanas. Un



Un tomo en rústica, \$ 1.20  
Edición especial, papel piuma ... 2.00  
" " " encuadrado en tela .. 3.50

Byron y un Poe activaron de tal modo las fibras más nobles de la Humanidad, que ningún puritano legará, ni cerca, a realizar ese milagro. Este último le dió a la vida un nuevo sentido y la vistió de colores maravillosos; el primero tornó el agua en sangre viviente y roja; la vulgaridad en belleza y en deslumbrante variedad lo uniforme, lo monótono.

En cambio, el Puritanismo, en cualquiera de sus expresiones no es más que un germen ponzoñoso. En la superficie podrá parecer fuerte y vigoroso; pero el veneno, el tóxico letal obrará por dentro, hasta que su entera estructura sea derribada. Todo espíritu libre convendrá con Hipólito Faime en que "el Puritanismo es la muerte de la cultura, de la filosofía y de la cordialidad social; es la característica de la vulgaridad y de lo tenebroso".

### CULTURA DE EQUILIBRIO

Tolstói ha tenido una cierta predisposición a tratar temas educativos y valdría la pena poder resumir sus ideas pedagógicas, muy originales y muy dignas de tenerse en cuenta, pese a su tendencia paradójica y a su fundamento místico. En una carta de 1909 a Bulgakoff, en los últimos años del pensador de Yasnaia Poliana su secretario y discípulo, expone algunos puntos de vista sobre la instrucción, de los que entresacamos estos pensamientos:

"La cantidad de objetos a conocer es tan ilimitada como el perfeccionamiento que se puede alcanzar en toda ciencia. Se puede comparar el dominio de la ciencia a una cantidad infinita de radios que irradian del centro de una esfera y pueden ser prolongados hasta el infinito. "Por consiguiente, la perfección en la instrucción no puede ser obtenida si los alumnos se apropian una cantidad de conocimientos científicos elegidos al azar. No se llega a la perfección más que: 1.º cuando se elige entre una cantidad infinita de ciencias, las más importantes y las más necesarias; 2.º cuando los grados de esas ciencias son relativamente semejantes a fin de poder formar un todo armonioso, como los radios de una misma longitud, espaciados regularmente, forman una esfera".

Cuántas veces hemos tropezado con individuos que, en medio de su multiplicidad de conocimientos de todas las ciencias, en sus pretensiones de saberlo todo, nos han dado la impresión de profundos ignorantes, de desorientados, de seres sin base y sin tierra firme bajo los pies. Entendemos la cultura como un medio de equilibrio mental, de consistencia ideológica, de fortalecimiento del carácter. Pero si, por una parte, vemos que efectivamente es así, por otra, vemos que los

conocimientos producen un desequilibrio y que la ignorancia más elemental habría sido mucho más beneficiosa para el desarrollo de un espíritu que la lectura de bibliotecas enteras, que la libación en las mil fuentes del caudal científico. Hay casos en que la ciencia forma o desarrolla recias mentalidades, como hay casos en que las destruye, les quita su espontaneidad natural, llevándolas a un desequilibrio lamentable. ¿Cuál puede ser la causa de esa diferencia de efectos, de resultados?

Nos parece que la instrucción por la instrucción es nociva; que si en el fondo de toda instrucción no hay un denominador común, una base dirigente, una aspiración inspiradora, los conocimientos científicos son más bien un obstáculo que un estímulo a la formación de un carácter, de una cultura de equilibrio.

Tolstói, en su lenguaje místico, añoraba la ausencia del fondo religioso de las viejas culturas; la religión era una base que unía a todos los hombres y los conocimientos se disponían armoniosamente en torno a ella; actualmente no existe esa unión, ni ese fondo religioso común en la base de todo y "la cuestión de la utilidad general de los conocimientos, de su necesidad y de sus grados relativos, todo eso se resuelve no importa cómo, por hombres que tienen el poder de difundir las ciencias a su capricho, según su ventaja y su comodidad momentáneas".

Si Tolstói se atrevió a proponer la vuelta a las bases religiosas de la instrucción, nosotros, como él, advertimos también un vacío en la cultura contemporánea, tan rica en conocimientos, en detalles, en resultados. Para adoptar la imagen de Tolstói, diríamos que la esfera de la cultura de nuestros días carece de unidad interna, de esa unidad que sólo puede ser dada por una aspiración común o por un lazo moral de unión. Es una esfera que carece de un centro de irradiación de los radios y así vemos cómo los radios, por largos que sean algunos, como no parten de un centro común, no constituyen un todo viable. No fué Tolstói el único que se sintió torturado por ese desequilibrio entre el estado de nuestros conocimientos científicos y su eficiencia para el bien de la humanidad; esa misma inquietud la sintieron otros filósofos y también volvieron a las concepciones religiosas como a una solución.

El problema persiste y hoy se nota más que nunca el conflicto entre los radios de las ciencias y la armonía interna del todo, de la esfera, de la cultura. Nosotros no volvemos a la solución religiosa, pero sí entrevemos un primer paso hacia una cultura de equilibrio en la aspiración a hacer del progreso social y humano la base y la cima de todo esfuerzo. Es así como se restablecería el concierto roto en el terreno de la vida intelectual desde que el servicio divino dejó de estimular el cerebro de los sabios.

El saber por el saber es un entretenimiento que puede ser lucrativo, pero no crea el radio de una esfera, una armonía, un afuente hacia una tendencia general. Por eso todo amante de una cultura superior tiene que inquietarse en la busca de un centro de partida y de una meta comunes. Y habiendo pasado el período místico de la historia, la única solución humana, susceptible de formar la esfera deseada por Tolstói, la cultura de equilibrio, sería el progreso de la humanidad en el sentido del mejoramiento. Mientras la ciencia no adopte esa base y esa guía inspiradora, persistirán las desproporciones, el desconcierto, el vacío interior en medio del oropel científicoista con que quiere adornarse nuestro siglo.

Tiene razón Tolstói cuando denuncia "en nuestro mundo el extraño fenómeno de los hombres estimados como los más instruidos y que son en realidad los hombres más ignorantes, que saben un montón de cosas de que nadie tiene necesidad y no saben nada de lo que cada hombre debe saber ante todo. Y no sólo esos hombres son ignorantes, sino que lo son de una manera desesprante, porque están persuadidos de ser muy sabios y muy instruidos, de saber todo lo que un hombre debe saber y aún más".

Es la ignorancia de los hombres sabios lo que debemos combatir, oponiendo

a los conocimientos inconexos, sin base y sin objetivo, una cultura que tenga por fundamento y por ideal un mundo nuevo en donde la justicia no sea una palabra solamente, sino un hecho, la vida misma.

### BIBLIOGRAFIA

#### LETTERS FROM RUSSIAN PRISONERS (1).—

Acaba de llegar a Londres, anunciado por nuestro colega anarquista, el periódico londinense *Freedom*, este volumen en cuyas páginas se halla la documentación más completa acerca del cautiverio de los centenares de víctimas de la tiranía soviética.

He aquí la presentación que se hace de este libro por parte de nuestro colega, en la que se inserta más abajo una carta de Bertrand Russell:

"Si usted no se halla convencido que en Rusia existen persecuciones políticas, no debe leer este libro; porque no creemos que ninguna persona, sin preconceptos, al leerlo no se dé bien cuenta que esto es la pura verdad. La maldad y el espíritu de venganza de las persecuciones, se hallan claramente establecidos en esas cartas cuya autenticidad está garantida por aquellos que conocen al escritor que las publica. Todo lo que se imprime en *Freedom* ha sido comprobado antes con serios fundamentos. Además, antes de que se publicaran estas cartas fueron sometidas a varios autores europeos y norteamericanos de gran nombradía, entre los que se hallan Arnold Bennett, H. M. Brailsford, George Brandes, Gerhart Hauptman, Bertrand Russell H. G. Wells y otros. Insertamos la carta de Russell porque refleja con fidelidad nuestros mismos puntos de vista:

"Abrigo la esperanza que la publicación de estos documentos ha de contribuir a propiciar las cordiales relaciones entre el gobierno de los Soviets y los gobiernos de las potencias occidentales. Notoriamente desviados, engañados por los socialistas de sus propios países, los estadistas de Gran Bretaña, de Francia y de Norte América ven a los detentadores del poder en Rusia como a individuos idealistas y por ende peligrosos. Si ellos quisieran leer este libro, se convencerían del error en que se hallan. Los que representan las primeras autoridades en Rusia son gente práctica, positiva, preparadas a co-

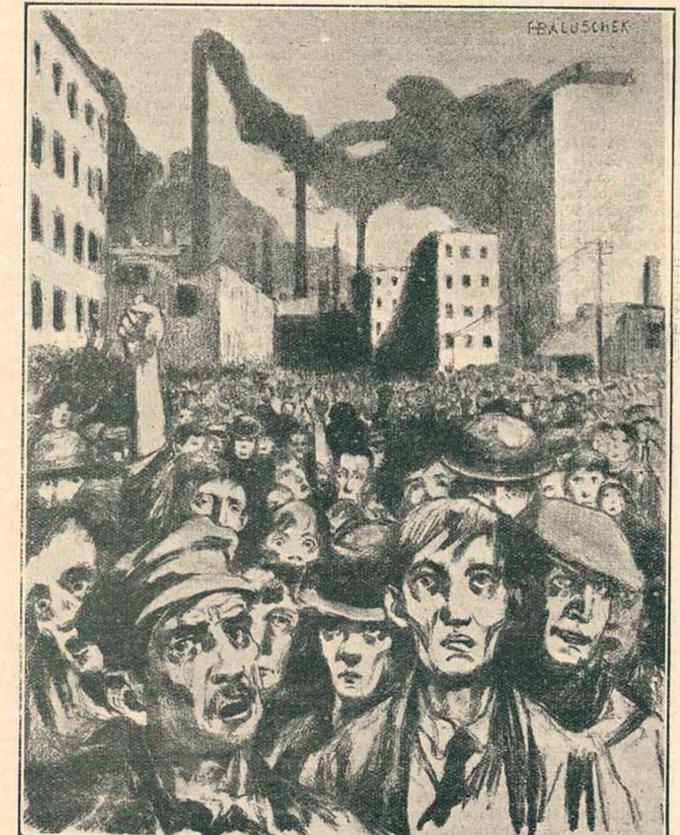
meter cualquier desmán, a infligir torturas, suplicios a los hombres de ideas contrarias a las suyas, en suma, a los idealistas, a fin de conservar el poder en sus manos. No existen razones de querrela alguna entre los imperialistas del occidente y los del noroeste, o que los amigos del occidente sigan prestándose su ayuda, si no ha de realizarse un cambio radical, en el trato de sus opositores políticos". — *Bertrand Russell*.

Mr. Upton Sinclair ha dicho "que le impresionó mucho el hecho de descubrir que las condiciones de los prisioneros de las cárceles rusas eran las mismas existentes entre los prisioneros políticos del Estado de California, del cual soy ciudadano" (2). Negamos esto, y estas cartas han de contradecirle. Pero si no fuera así, no hemos de esperar que condene a sus amigos, los socialistas rusos, por perseguir y torturar a quienes les ayudaron a realizar la revolución en Rusia. Hace algún tiempo este escritor dijo que el "British Committee for the political prisoners in Russia" era una organización contrarrevolucionaria (*Comité británico para la defensa de los prisioneros políticos en Rusia*), pero no se atrevió a lanzar tan ridícula acusación contra el "International Committee for political prisoners", la organización norteamericana que publicó este libro. El hecho palpable y evidente es que él fué reducido a un vergonzoso silencio".

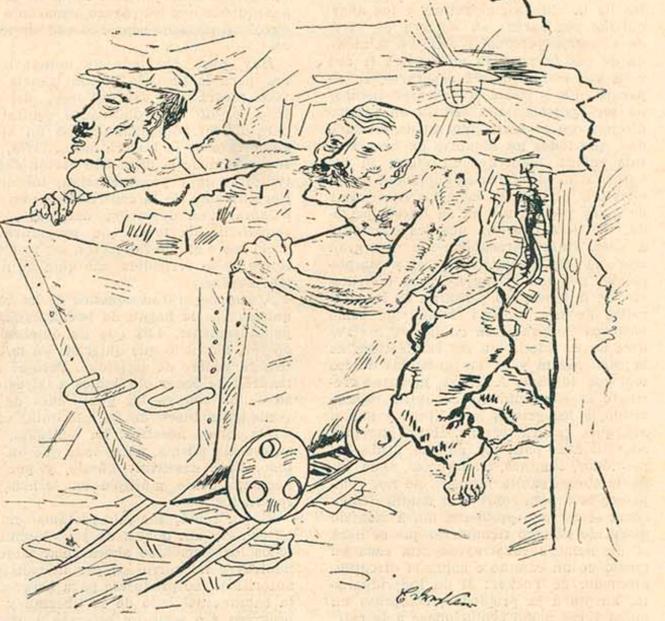
Luego, el que escribe estas líneas lamenta lo elevado del precio de este libro; pero cree que quienes anhelan la divulgación de la verdad sobre esas terribles persecuciones, han de reunir el dinero para adquirirlo, y después de haberlo leído, pasárselo a los amigos. La publicidad es la mejor arma para ese género de atrocidades.

(1) "Documentos y cartas de las cárceles rusas". Consiste en la reproducción de los documentos de los prisioneros políticos, en las prisiones de los soviets, en las cárceles y destierros, y la reproducción de otros documentos concernientes a las persecuciones políticas en la Rusia soviética; extractos de las leyes de los soviets, sobre las libertades civiles, y etcétera. Con una introducción de veintidós cartas de autores conocidos de Europa y Norte América. El precio es de 10 chelines y seis peniques. Pedidos: C. W. Daniel Company, Graham House, Tudor Street. — E. C. v.

(2) Esta discusión entre Upton Sinclair y los camaradas anarquistas de Norte América, se ventiló en el periódico "The Road to Freedom".



El nervio de la gran ciudad



Esclavos de la mina

# ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

El cuestionario propuesto contiene los puntos siguientes:

- 1.0—Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reacción autoritaria.
- 2.0 La anarquía como principio de organización de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?
- 3.0—Siendo una idea humana, ¿es o no proletaria la anarquía?
- 4.0—¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos lo antes posible su emancipación?

## RESPUESTA DE M. NETTLAU

(Continuación)

Recordémosnos del federalismo de los Pisacano, Proudhon y Bakunin. Esos hombres, a quien nadie cargará con el reproche de haber desconocido la importancia absoluta de un cuadro amplio y libre del desenvolvimiento humano, que no puede ser establecido más que por el federalismo. Bakunin ha sentido más que nadie que la gran lucha consumiría, devoraría a los primeros fundadores de la anarquía, que su obra era la de la destrucción, la del desbrozamiento del terreno, obstaculizando que el pasado se escurra en el porvenir bajo algún disfraz, que la dictadura estéril detenga el libre florecimiento, y poniendo luego los cimientos básicos de la nueva construcción. Eso se haría por la federación y la solidaridad de las localidades y de los grupos. La otra condición esencial sería el derecho de secesión de los grupos, pequeños o vastos, de los individuos. No se ha ocupado del arreglo o de los acuerdos que esos grupos tomarían entre sí; eso sería cuestión suya y el resultado de su experiencia.

Esa nueva sociedad entrevista por él no era, pues, específicamente anarquista; era simplemente libre, ofreciendo garantías para toda nueva forma de libertad por los contratos entre los grupos y la libertad de hacer por sí mismo gracias al derecho de secesión. Ese cuadro que habría bastado a Bakunin, me parece que puede bastar siempre a los anarquistas de nuestra época. Habría así, después de la caída del capital y de los Estados una solidaridad de todos los elementos de la vida social futura y los anarquistas realizarían su manera de vivir en su esfera personal y local en la medida de sus fuerzas. El que quiere ir con ellos irá, el que quiere separarse, se separará. Un sistema autoritario invasor no será posible, pues estaría en contradicción con el pacto general de solidaridad, que todos los hombres de buen sentido sabrán mantener en vigor. Si los autoritarios se forman autoridad entre ellos o si se queman las cejas en el altar de Marx y de Lenin en su iglesia privada, eso será cuestión que les concierne a ellos. Habrá probablemente una gran mayoría de socialistas pura y simplemente, hombres y mujeres que disfrutarán de la vida y no pensarán en las querrelas de las capillas socialistas como nosotros no pensamos en las de los Padres de la Iglesia, en las escolásticas de la edad media y en las querrelas de los teólogos del siglo XVII. La juventud creciente en ese ambiente se unirá, esperanzado, a los grupos más libres y así la anarquía ganará terreno. Habrá arreglos convenientes para los objetos utilizados por todos, caminos, transportes, agua, organizaciones sanitarias, etc., no nos rompamos la cabeza sobre esos detalles como sobre el antiguo problema tan a menudo discutido en otro tiempo: lo que se hará si un hombre construyese una casa en medio de un camino o sobre el discutido alrededor de Tucker: si un individualista, adepto a la propiedad, comprase un mono y ese mono evolucionase a la categoría de hombre, ¿sería libre por su derecho humano o debería rescatarse por el hecho de haber sido comprado siendo

5.0—¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y Europa para saturar más el ambiente del anarquismo?

6.0—¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente?

7.0—¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguirse?

8.0—Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran las camaradas historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia?

mono? Con esa escolástica, y muchas otras inutilidades aún, se aisló la anarquía y se perdieron años preciosos, durante los cuales la gazoñería marxista y la brutalidad bolchevista han crecido. Bakunin no tenía tiempo para eso; sabía que es preciso comenzar por el comienzo y que de la solidez de los primeros fundamentos, de la ausencia de defectos iniciales, depende todo. Estamos en caso parecido: la obra está enteramente aun ante nosotros.

Pero poseemos infinitamente más materiales que entonces — ¿qué no habría intentado hacer Bakunin con los elementos disponibles hoy! Poseemos un gran ambiente favorable en los sindicatos, cualquiera que sea el color de sus jefes: sería un error despreciar todos los miembros de un sindicato, porque por alguna maquinación se encuentran a su frente ambiciosos sin valor. En estos últimos años también los obreros de los grandes talleres y fábricas se conocen mejor entre sí y forman las unidades locales de la mayor importancia. Conocemos también el entrelazamiento del trabajo productivo e indispensable, los rotajes vitales del organismo social, cuya detención paraliza el resto. Los capitalistas saben igualmente eso y han tomado arreglos para combatir en ese terreno, pero la huelga inglesa última no ha sido demasiado brillante para los capitalistas y habrá enseñado ciertamente mucho a los obreros. Y como he dicho ya, muchos buenos elementos se especializan desde hace mucho, no son satisfechos ni por las grandes organizaciones de los partidos y de los sindicatos en que el individuo no es más que una cifra, ni por el anarquismo que les parece demasiado teórico, demasiado separado de la vida real.

Hay, pues, ahí todo un mundo a ganar para la idea de la convivencia, del veto contra las usurpaciones, del *fair play for all* (probabilidades equitativas para todos). Surgiría de eso un apaciguamiento de la histeria autoritaria, una renovación de la discusión cortés, del estudio, de la experimentación, un nuevo florecimiento de la esperanza, — en una palabra, una detención del mal y una *iniciativa libertaria* que prepararía el suelo sobre el que florecerán las primeras flores de la verdadera anarquía de nuestros sueños.

A eso cooperarán aquellos de los anarquistas que lo hagan de buena gana, espontáneamente. Los que no quieren cooperar, harán lo que quieran; yo no crítico su género de actividad. Pero se abstendrán de poner obstáculos a tal esfuerzo — no son ya los guardianes de las verdaderas luces de la anarquía, como no lo somos nosotros. La anarquía, por su esencia misma, no es más que un método, libre desenvolvimiento, y por eso necesariamente múltiple en formas, en resultados.

Si, por tanto, una tal aproximación, inteligente y sin doblez de pensamiento, a todos los elementos ahora relativamente neutros y no corroidos por la gangrena autoritaria, se produjese para hacer caer la balanza del lado de la libertad y del progreso, ese sería un *esfuerzo anarquista internacional* digno de los anarquistas y salvador para su causa, — sin que otras formas de actividad anarquista de

bien padecer: al contrario, todos los esfuerzos diversos se sostendrán y se apoyarán mutuamente.

III

*La anarquía como principio de organización de las sociedades ¿es o no revolucionaria?*

Probablemente no comprendí bien el alcance de esa cuestión. Como Eliseo Rectus ha demostrado tan claramente, evolución y revolución no difieren más que en el ritmo; una acumulación de obstáculos acumula también fuerzas evolutivas que luego derriban el obstáculo y pasan por sobre él, lo que se ha convenido en llamar revolución. La acumulación enorme de obstáculos por tantos siglos de usurpación y de violencia producirá sin duda el barrido de esos obstáculos por una avalancha popular más fuerte que todos los asaltos que se le darán continuamente por la propaganda y los actos de toda especie. Lo mismo ocurrirá en los tiempos futuros, siempre que a mí sea insportable y no hayan podido desviarlo otros medios.

Por sí misma la revolución es una forma impuesta a la evolución por una fuerza hostil, por ejemplo un árbol detenido por un obstáculo sobre él se deforma primero a lo largo de ese obstáculo, hasta tener fuerza para suprimirlo a pesar de todo. Así el pueblo, en lugar de desarrollarse rectamente, en la esfera y la preparación de una revolución, obligada a reunir fuerzas, pierde tiempo, cambia su buen humor en odio, pierde el placer en el trabajo forzado que se le impone, etc., y sufre así deformaciones, — justamente porque el capital, el Estado, el policía, el soldado le bloquean el camino, hasta su barrido definitivo. No es, pues, un estado ventajoso en sí una revolución — es una dura necesidad, y lo más pronto que después de tal crisis se ponga uno al trabajo sobre bases sanas y sólidas, tanto mejor será: porque continuar en el ritmo febril de las revoluciones sería ir a un agotamiento rápido y a desilusiones crueles después. Lo que importa, como Bakunin decía a menudo, es que la revolución sea tan completa que la vuelta al pasado se haya hecho imposible, — entonces se avanzará. Es preciso saber "quemar los barcos" tras sí, como dice el viejo proverbio.

IV

*Siendo una idea humana ¿es o no proletaria la anarquía?*

Tampoco he entendido bien esa cuestión, tal vez. La anarquía es la cosa más ampliamente humana que se puede concebir y por eso mismo debe guiar ese noble esfuerzo de los humanos que es el trabajo — de manera que ese trabajo sea libremente aprendido, libremente aplicado y produciendo de ese modo productos armoniosos. Ese trabajo será una función física o psíquica de cada individuo. Así concebido está en el otro polo de la palabra proletario que implica trabajo forzado, frutos del trabajo quitados por el explotador, por tanto, esa desviación terrible del noble ejercicio del trabajo que caracteriza el sistema capitalista.

Más que nadie, el trabajador así forzado tiene interés en recuperar su libertad, en apresurar el advenimiento de una sociedad libre. Pero ¿vale la pena decirlo? — no está exclusivamente destinado a hacer ese esfuerzo. Todos los hombres están detenidos en su desenvolvimiento por el sistema presente, todos deben sacudirlo o ser enterrado bajo sus ruinas. Si hubiera la menor tendencia a limitar la anarquía a los proletarios, sería un aislamiento funesto, semejante al de los partidarios de la dictadura de clase, del proletariado, que se convierte en la de los jefes de esa clase, como en Rusia. La anarquía ha rechazado siempre tales limitaciones, apeló siempre a todos los hombres deseosos de disfrutar del completo desarrollo de sus facultades. Su fuerza y su victoria final reposan en que

nará renacer así a la humanidad entera, detenida en sus progresos por las divisiones en ociosos y dominadores y en proletarios sumisos.

El esfuerzo por darle un nuevo vigor consiste ampliamente en hacer comprender a todos los hombres que no se trata de aplicar tal o cual programa económico y político, sino en devolver a toda la humanidad la libertad perdida. Esa libertad, ya recuperada intelectualmente por la ciencia, en tren de ser recuperada por la moral libre, por el arte libre, será recuperada en el terreno de la política y de la vida social: entonces se podrá olvidar la palabra misma: anarquía — tendremos la *vida libre* en sus formas múltiples.

V

*¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que lo antes posible labren ellos mismos su emancipación?*

Este asunto es demasiado vasto para abordarlo aquí en detalle. Diría sólo que actualmente un niño, organismo tan abierto y receptivo para todas las impresiones, que acumula buenas y malas impresiones con una velocidad y una intensidad que es imposible controlar — que un niño está, pues, en el presente expuesto a tantas malas impresiones que no se puede darle bastantes impresiones buenas para reducir y contrarrestar el mal. Ve y oye tantas tonterías, crueldades, brutalidades en su ambiente o en el de sus vecinos como en la escuela oficial, luego por los periódicos, el cine, el rumor público, que sus padres no pueden darle nunca bastantes buenas impresiones — el niño se convierte en un producto incorrecto, interior, del sistema actual, justamente en ese que los capitalistas necesitan para hacer de él un obrero que no piense, un funcionario que obedezca, un soldado que mate, en una palabra, un instrumento del trabajo subyugado — y más tarde será preciso mucho esfuerzo para humanizar a tal hombre, si es que es posible de algún modo.

Por tanto, es preciso que los padres contrarresten ese envilecimiento sistemático de los niños, ante todo por la bondad y la inteligencia. Ellos sabrán mostrarles — sin ninguna especie de propaganda y de enseñanza — lo que es *socialmente bueno*, lo que es *individualmente recto y equitativo*, lo que tiene un verdadero valor y lo que es rutina, prejuicio, moda pasajera, trivial pérdida de tiempo. Los padres sabrán hacer al hijo solidario con la naturaleza, las plantas, los animales; tienen una magnífica ocasión para despertar el sentimiento de la belleza y destruir las inclinaciones de crueldad, de dominación, de derecho exclusivo de propiedad, que los niños ejercen a menudo contra los animales más débiles que ellos. Los padres sabrán encontrar el medio de enseñar a los hijos la historia internacional, la de varios pueblos para contrarrestar el efecto funesto de la enseñanza patriótica de la historia en las escuelas. Harán leer las descripciones de viajes, haciendo conocer así a los pueblos extranjeros de otro modo que por los relatos de guerras en los manuales escolares. Harán accesible a los niños libros de valor de otras literaturas; todo eso enseña el *verdadero* internacionalismo que se funda mucho más sólidamente sobre conocimientos serios y variados que sobre el sentimiento y la abstracción. Despertarán el sentido crítico de los niños, no un criticismo cínico que se burla de todo, sino el que sabrá calar las mentiras oficiales de que se rodea a los pequeños lo mismo que a los grandes, el pueblo jamás emancipado, jamás maduro en la opinión de sus malos pastores. El niño aprenderá también por los padres a apreciar el trabajo, a ser activo él mismo. Se le explicarán las cosas que están a su nivel y se sabrá mostrarle que con un poco de esfuerzo avanzará en el dominio que excita su interés especial, y así sucesivamente.

Si se dice que muchos padres no poseen tales conocimientos y facultades

ellos mismos, es bien lamentable, pero en muchos casos nada les impide adquirirlos aún, más o menos. Al bruto que dice: "yo no sé eso y mi hijo no tiene tampoco necesidad de saberlo", oponemos los padres, — y los hay, — que aprenden ellos mismos, aunque sea a hurtadillas, para permanecer en estado de ayudar a sus hijos.

Todo eso puede ser secundado por las *escuelas libres*, escuelas Ferrer, escuelas modernas, pero entre la enseñanza individual y verdaderamente amante por un pariente próximo y la enseñanza, sea individual, sea colectiva, por un maestro cualquiera, hay siempre una diferencia notable, como la que hay entre el trabajo voluntario y el trabajo rutinario...

Diría aún que por excelente que sea el que los niños disfruten de la mayor libertad y no sean cargados con un trabajo pedantesco y a menudo muy poco útil, como en las escuelas oficiales, no me parece bueno limitar lo más posible, — y más todavía, — el bagaje intelectual de los niños. El niño debe, pienso yo, almacenar en su cerebro muchas impresiones para tener entonces la libre elección, de olvidar y de conservar. No es más que sobre bases abundantes como pueden desarrollarse el juicio crítico, la independencia intelectual. Es preciso un cierto esfuerzo para saber ver claro. El niño demasiado abandonado a sus propias inclinaciones y expansiones pierde ocasiones preciosas para instruirse. Nosotros tenemos necesidad de una juventud bien instruida que sepa destruir la mentira convencional y oficial que le rodeará en todas partes en la vida de esta triste sociedad moderna.

VI

*¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y en Europa para saturar más el ambiente de anarquismo?*

Sobre este asunto confieso mi completa incompetencia y competaría a los artistas mismos la respuesta. El artista, mediante algunos rasgos del lápiz, puede producir un acto autoritario más hiriente que un acto de violencia o un libro de propaganda. El satírico, por algunas líneas de artículo, el poeta, por algunos versos a menudo hacen lo mismo. Estas cosas no se preparan y no se discuten, se hacen o no se hacen; así mil esfuerzos de los artistas quedan sin efecto y se hace uno que permanece inmortal. Es preciso, pues, dejarles hacer sin ofrecerles consejos.

Yo he amado siempre el dibujo social, los Daumier, Steinlein, Willette, y tantos otros. Encuentro poca satisfacción en lo que veo en nuestros días. Me parece que a la belleza estética que la idea de la anarquía tiene para mí, debería corresponder también la ejecución armoniosa

de la obra de arte — y futurismo, cubismo y otros géneros que, en mi opinión, se derivan notoriamente de una mentalidad fascista (cada línea de F. T. Marinetti fué fascismo intelectual), — esos géneros chocan absolutamente con el sentimiento social y libertario que está en la base de un esfuerzo anarquista. Es posible que sea injusto para con algún bravo cubista y que haya entre ellos hombres muy apacibles y excelentes padres de familia; pero para mí lo que ellos hacen es siempre fascismo ilustrado y yo no lo quiero. La menor tarjeta postal con una bella flor o una hermosa cabeza de mujer me aproxima más al "dulce país de anarquía" de esa bella canción de Paul Paillette, me asocia más a él en sentimiento y en pensamiento que el arte social de las últimas décadas de años, el que siguió a los Steinlein y a los Willette de su buen período. La anarquía para mí está donde está lo bello y lo bueno. Todos conocemos la fealdad de la vida presente que nos rodea. Comprendo que se ataque esa fealdad por la caricatura social, pero si se la reconstruye tantas veces, eso es demasiado: ahí quisiera ver lo bello, el impulso hacia adelante, la esperanza. Pero eso no es más que una aplicación del arte, la cuestión del arte es más amplia.

El arte verdadero, sensitivo en el más alto grado, depende de la vida, de sus tendencias presentes; sabe aún presentir vías nuevas de evolución, pero ¿sabe crear, obrar, avanzar verdaderamente? Raras veces, pienso yo, y sólo cuando nos habla por la obra de grandes genios que están enteramente más allá de nuestras discusiones. En general el arte repercute el espíritu de una época — no la crea. La época presente de la autoridad, de las guerras, de la suprema rapacidad del capitalismo, de la brutalidad y nerviosidad genera es produce un arte correspondiente, y no puede producir otro. Ese arte fué presentado, inventado por D'Annunzio, elevado a la mentalidad fascista completa por el futurismo de un Marinetti desde 1909 aproximadamente: en 1909 se publican todos sus Manifiestos futuristas en Milán, precedidos por la revista *Poesía*, de esa ciudad; en 1909 apareció también la novela africana de F. T. Marinetti, *Mafarka el Futurista* (París, 1909, XI, 310 págs.) y desde 1911 los horrores que se describen allí se realizan ya en Tripoli y la primera de las guerras europeas se hace y las bases del fascismo intelectual se plantean.

Cuán diferente fué ese bello período de 1890 a 1894 en París, cuando la anarquía floreció allí maravillosamente, irradiando en ese magnífico obrero del pensamiento que fué Eliseo Rectus, como en los actos valientes de los rebeldes Ravachol y Vaillant, en los primeros sindicatos verdaderamente militantes como en la elaboración seria de todos los aspectos de

nuestras ideas por Kropotkin y los demás camaradas de *La Révolte*. Entonces, a esa anarquía tan variada, tan alérgica y ascendente, afluyó también el concurso de los artistas, de la literatura, de la pintura, del dibujo jóvenes.

Esos dos ejemplos demuestran para mí que a nosotros nos compete una renovación de la anarquía — entonces el arte estará con nosotros — antes no, según temo. Cuando llegue ese tiempo, tratemos de que no se vaya jamás, que la fuerte corriente que se cree permanezca y no se restrinja. El arte y la anarquía están hechos el uno para el otro, porque la libertad está en la base de todo el arte, — pero los *artistas*, hombres de su época, y el *arte* están separados por las condiciones de la vida presente; la anarquía los aproximará y el arte se generalizará en su régimen de armonía y de belleza.

## RESPUESTA DE M. BUENACASA

II

Como doctrina y como principio de organización, la anarquía es, a nuestro juicio, revolucionaria.

Digamos antes lo que entendemos por revolución. Para muchos, la revolución es el acto de fuerza, la consagración de todos los instintos de nuestra animalidad desatados un día por la consecución de un objetivo más o menos determinado. Y sin embargo, la revolución violenta o, por mejor decir, el acto violento es tal vez el signo menos importante de la revolución. El espíritu de una época — no la crea.

La época presente de la autoridad, de las guerras, de la suprema rapacidad del capitalismo, de la brutalidad y nerviosidad genera es produce un arte correspondiente, y no puede producir otro. Ese arte fué presentado, inventado por D'Annunzio, elevado a la mentalidad fascista completa por el futurismo de un Marinetti desde 1909 aproximadamente: en 1909 se publican todos sus Manifiestos futuristas en Milán, precedidos por la revista *Poesía*, de esa ciudad; en 1909 apareció también la novela africana de F. T. Marinetti, *Mafarka el Futurista* (París, 1909, XI, 310 págs.) y desde 1911 los horrores que se describen allí se realizan ya en Tripoli y la primera de las guerras europeas se hace y las bases del fascismo intelectual se plantean.

Podemos afirmar con Mella que la violencia en la revolución es lo de menos, ya que ella es ciega porque ciegos son la inmensa mayoría de los que, por lo general, se lanzan a morir y a matar instintivamente y sin saber por qué.

Tenemos, pues, que la anarquía, ideal supremo con perspectivas ilimitadas e infinitas que no contiene un programa cerrado de realizaciones, es, ha de ser, forzosamente revolucionaria, aun después de implantarse sobre la tierra lo que hoy se considera posible en su esencia.

Así pues, "desde el punto de vista de la organización de las sociedades" la anarquía es revolucionaria. Si no fuese revolucionaria, sería fósil, y la anarquía no puede fosilizarse, so pena de perder su significación.

No ocurre otro tanto con las diferentes escuelas políticas que se disputan el predominio y la hegemonía de los pueblos. Para los socialistas autoritarios, por ejemplo, o para los republicanos, todo es triba en destruir el Estado burgués o la monarquía; conseguido su objeto, como su acción limitada ha logrado el sumum de aspiraciones, lo que antes fué opo-

NO BASTA que usted sea suscriptor de LA PROTESTA y que abone regularmente su suscripción.

Si entiende que el vocero ya tradicional de sus ideales debe ampliar su radio de influencia, aumentando el número de sus lectores,

HAGA OTRO U OTROS NUEVOS SUSCRIPTORES.

Todas las energías que emplee en hacer conocer su diario y en afianzar su estabilidad económica, SON ENERGIAS EMPLEADAS A FAVOR DE LA ANARQUIA

o revolucionarismo en cierto modo, queda convertido en instrumento conservador. El socialismo y el republicanismo, en tal caso, dejan de ser organizaciones revolucionarias. Han implantado e impuesto su método y su patrón a todo bicho viviente y el ideal, que por restringido y limitado en sus perspectivas se ha convertido en hecho, se pierde y pasa a la historia como una antigüalla. La revolución muere.

Alguien objetará: Pero y si mañana se implanta el ideal anarquista, ¿no le ocurrirá igual que a los demás? De ningún modo. Ya hemos dicho que la anarquía no ha trazado sino rutas para llegar hasta la idea, pero no ha formulado ningún programa concreto de convivencia, ni ha limitado, porque es imposible hacerlo, ninguna aspiración. Cuando más nuestras teorías forman diversos esquemas, planteados de modos muy diferentes, según el sentir, el temperamento o la concepción de cada anarquista.

La anarquía, ideal de concepciones vastísimas, simples y complejas a la vez llegaría a realizarse en la proporción máxima contenida en nuestra enciclopedia divulgada hasta el día, y aun así seguiría siendo la idea revolucionaria eternamente y a medida que nuevas visiones del porvenir fueran haciendo necesaria la ascensión de nuestras ansias ilimitadas, hacia las cimas inmarcesibles del espíritu inquieto que anida en los poseedores de nuestro ideal.

Son legión los que critican acerbamente a los teóricos del anarquismo, por reconocer que la mayoría de ellos discrepan entre sí al apreciar, no el ideal en su esencia, sino el procedimiento y la implantación o constitución de las futuras sociedades.

Los movimientos sociales son el seno de donde surgen nuevas culturas, y sólo serán victoriosos en sus aspiraciones si son capaces de crearse por fuerza propia formas especiales de existencia y si saben eludir toda fusión con los órganos en consunción de una sociedad condenada a la muerte. Pues cada órgano cumple sólo la misión que le dió vida; no pueden cambiar a capricho sus funciones vitales y servir a otros fines.

Echad una ojeada al gran movimiento de las masas que se preparó hace dos mil años sobre el Asia Menor, Europa y el África del norte. Amenazó las piedras angulares del imperialismo romano, que extendía sus brazos de pólipio por toda la tierra conocida y absorbía como un gigantesco vampiro la sangre de las venas de todo un mundo. Roma había encaadenado naciones y pueblos; a sus muros afluján todas las riquezas de la tierra; su voluntad era la suprema ley. Se hicieron incontables ensayos de los pueblos oprimidos para romper sus cadenas, corrieron a la muerte contra esa voluntad férrea, que pareció insuperable como el poder de los Césares.

Entonces surgió aquel raro movimiento que ciertamente no mostró ninguna unidad programática, pero que en todas partes fué conducido por los mismos objetivos — resistir a Roma y socavar su poder.

Pequeñas comunas, nuevas fraternidades, sectas extrañas y movimientos revolucionarios se desarrollaron en todas partes y se difundieron con insospechada celeridad entre los parias y los oprimidos del imperio romano. Combatieron el derecho y el poder romanos, asaltaron los baluartes de la esclavitud, predicaron la liberación de

RUDOLF ROCKER (2)

## De la maldición del practicismo

latamente en el más firme baluarte de viejos sistemas anacrónicos que se dieron la apariencia de combatir.

En realidad el famoso practicismo, que siempre estuvo y está dispuesto a concertar compromisos con los sostenes del viejo mundo y sus instituciones carcomidas por los gusanos de la podredumbre, fué siempre la fatalidad de todos los grandes y verdaderos movimientos populares que habían escrito en sus banderas la liberación social de las masas.

Tales movimientos no fueron nunca arruinados por las persecuciones que puso en vigor la arbitrariedad despótica. Al contrario, las persecuciones desarrollaron más el valor de los individuos y fortificaron sus fuerzas en dura contienda con la violencia. Todos los movimientos verdaderamente grandes que surgieron del pueblo y que fueron inspirados por entusiasmo revolucionario, pasaron a través de los muros de las cárceles y por las horcas y los cadalsos para resistir a su prueba. No, la tiranía sola no ha podido desarraigar todavía un movimiento efectivo de las masas, y sus mártires, ultimados por manos del verdugo, se demostraron siempre de naturaleza singularísima. Se les pudo asesinar, pero sus voces salieron de las tumbas y de las fosas y atizaron el fuego de la rebelión en el pueblo.

Si esos movimientos, sin embargo, sucumbieron y su impulsividad falló repentinamente, fué porque les salió un enemigo de las propias filas. Fué el martilleo de los pájaros carpinteros, el triunfo del practicismo el que consumió sus raíces y les introdujo el germen de la decadencia y de la muerte. Aquel practicismo, que nunca fué realmente práctico, cogió poco a poco las fuentes de su fortaleza originaria, y como Dalila se convirtió en la fatalidad de Sansón al cortarle sus cabellos, así mató el practicismo de los pájaros carpinteros aquellas cualidades y sentimientos de las masas, que habían sido hasta entonces el manantial inagotable de su fuerza.

Fué el practicismo del éxito exterior el que emborrachó siempre a los posibilistas de todos los matices y alejó cada vez más los fines originarios de un movimiento. Al intentar penetrar en las instituciones de un sistema social existente y realizar en ellas "labor práctica", fué cortado el nervio vital del movimiento y se le condenó al lento languidecimiento y a una muerte sin gloria. La idea absurda de que hay que conquistar primero las instituciones de dominación de una sociedad fundada en la esclavitud y en la violencia brutal a fin de llegar al objetivo final, infectó siempre el puro espíritu de todo movimiento y atacó sus raíces.

Toda nueva cultura social desarrolla sus primeros gérmenes en el seno de la vieja sociedad, como se desarrolla el niño en el cuerpo de la madre; que la tierra planta debe hundir sus finas raíces en la tierra antes de que pueda romper la oscura envoltura y bañar su verdor en la luz del sol. El niño y la planta existen antes de nacer y desarrollan a su modo las condiciones previas de su vida ulterior.

Anarquía — no gobierno — supone, en todos los órdenes del pensamiento y de la vida, lo absoluto. Libertad absoluta, igualdad absoluta, felicidad absoluta.

Aquí se nos dirá que el absoluto en moral es lo imposible y que por lo tanto la anarquía es un sueño, una quimera. No importa. Contestemos a los "positivistas" que lo absurdo no es lo anárquico, y preguntémosles ¿qué harían ellos, cómo vivirían y cómo pensarán el día que la autoridad y el régimen de las coacciones materiales, deje paso a la sociedad del libre acuerdo? Sobre todo debe interesarnos saber si los detractores del anarquismo, son o no capaces de vivir sin gobierno y sin autoridad, bien entendido que el gobierno y la autoridad son organismos perniciosos para el desarrollo general de las sociedades.

Preguntad a un campesino si no sería más feliz cuando el amo o el gendarme no existan, y de seguro que contestará afirmativamente.

Pero nos desviamos del tema. Interesa repetir que siendo la anarquía, de por sí y desde el punto de vista de la organización de las sociedades, una idea que concretamente rechaza el estancamiento mientras preconiza la superación de las limitadas, no puede por menos que ser revolucionaria eternamente.

Hemos dicho que los actos revolucionarios de la violencia colectiva son los signos o los accidentes menos importantes de la revolución.

Desaparecida la violencia y su necesidad, el día que desaparezcan las causas que la engendran, la Autoridad, la Religión, la Propiedad, etc., habremos llegado a la era en que la simple coacción moral, el "boicotage" o el aislamiento contra los seres anormales, malvados o perniciosos, que lo sean por herencia o por naturaleza, serán estimulantes que sustituirán a las violencias materiales de hoy. La coacción simple ejercida con la buena intención de mejorar la vida de las sociedades, no deja de ser una expresión revolucionaria.

Y esta expresión de la anarquía, de la Sociedad Anarquista, es una manifestación revolucionaria que subsistirá tanto como el mundo.

De lo que se deduce que "como principio de organización de las sociedades" la anarquía es revolucionaria.

Así creemos que es y debe ser. Así lo entendemos nosotros.

### III

Nos vemos en un trance apurado, sin saber cómo expresar nuestro pensamiento acerca de tan interesante cuestión. Por otra parte, acostumbramos a no recurrir nunca a los libros como no sea a los que nos puedan ilustrar sobre materias concernientes a la historia. Se hace imprescindible en estas cuestiones — a mi juicio — que cada individuo piense

por sí mismo y no a cuenta de los demás. La anarquía, ideal humano, ¿es o no proletaria? He aquí el dilema al que hay que responder, sí o no, de manera concreta y categórica.

En efecto que la anarquía es un ideal humano, pero entendámonos: La anarquía no acepta parásitos humanos en la sociedad cuya implantación preconiza. La anarquía mantiene el principio comunista de que cada cual consuma según sus necesidades — esto es un principio humano —, pero reconoce las bases compensadoras: No es posible que todos los hombres consuman según sus necesidades si no producen según sus fuerzas.

En el régimen actual, basado sobre el absurdo, la injusticia y la contradicción más arbitraria de la vida, se produce la paradoja criminal de que consuman lo que necesitan, y más aún, lo que no producen, en tanto que los productores mueren de hambre.

Queremos que todos vivan felices, pero ¿cómo alcanzar esta felicidad si a la vez no se crean los medios que la hagan posible?

No restringamos el significado de la palabra "producción" exclusivamente a los medios producidos para atender las necesidades físicas y materiales. La vida del hombre que se limita a comer o a cubrir sus desnudeces, a vivir en habitaciones confortables y a viajar — por ejemplo — no es la vida amplia y completa que los anarquistas propagamos. La anarquía, ideal de superación y perfeccionamiento constantes, concibe bastante más de lo que la simple vida animal presupone. La anarquía no sería lo que sus propagandistas manifiestan, si no fuese el estimulante pertinaz, la avidez continua por la consecución y el disfrute de todas las dichas que proporcionan pueden los encantos innumerables y excelsos de la naturaleza, las manifestaciones esplendorosas de las artes en todos sus variados aspectos y las demás que pueden recrear y satisfacer todas las ansias del espíritu avizorador y sanamente egoísta de los hombres.

Recordamos las palabras de un diputado socialista cuando declamaba ante sus electores: "El socialismo será la sociedad perfecta, humana y libre en la que todos los seres humanos tendrán pan, pero también flores".

Concretémos, pues, nuestro pensamiento. Rechacemos ya la idea de "proletario" aplicada al que actualmente produce cosas útiles y bellas obligado por la ley del bronce y sustituyámosla por las palabras y la idea de "productor" libre y artista.

Los seres de la sociedad comunista y anárquica serán, habrán de serlo forzadamente, y acéptese la calificación positiva como cosa irremediablemente necesaria, serán, repetimos, seres útiles realizando el esfuerzo necesario individual-

mente cada uno según sus aficiones y sus fuerzas, al efecto de coadyuvar al desenvolvimiento, al desarrollo y a la consecución más completa de las satisfacciones de la vida humana.

Digamos, por tanto — pues de lo expuesto así se desprende — que la anarquía, ideal humano, es "proletaria" en el sentido que nosotros entendemos esta calificación.

Aristarquía o Aristocracia proletaria, proletariado humano o humanidad proletaria; he aquí la definición que aplicamos a la idea por la cual pretendemos expresar nuestra opinión: La anarquía es proletaria, pues que la idea de los humanos no puede desglosarse de las necesidades humanas condensadas en el esfuerzo productivo útil y bello de los proletarios, de los hombres. Y además, ¿es que los hombres no han de ser productores a la vez que hombres? ¿O es que se concibe en anarquía un hombre que no trabaje, siendo apto para trabajar?

Cuando alguien diga que pretendemos proletarizar la anarquía, nuestra respuesta no se hará esperar: Lo que pretendemos es anarquizar al hombre, al proletario, que, como se ve, es lo contrario de lo que nuestros detractores presuponen en nosotros.

Pero todo esto no quiere decir que la anarquía no sea proletaria o, mejor dicho, que el proletario no haya de ser anarquista.

Precisamente nuestro anhelo es este, porque si no la sociedad en la que los productores no fueren anarquistas, no podría ser anarquista; cuando más sería una institución cuyas ideas comunes no serían muy diferentes de las que rigen las sociedades actuales.

En la actualidad mismamente muchos obreros anarquistas propulsamos la idea del movimiento obrero anárquico, por la sencilla razón de que consideramos que los trabajadores deben hallarse capacitados para regirse en sociedad, como tales y como hombres, tal como corresponden a seres emancipados y libres. Los proletarios instruidos y afeccionados por las ideas de libertad y de emancipación integrales, serán en el mañana los más fuertes y útiles sostenes de la sociedad anárquica. Por esto, los sindicalistas y los libertarios que repudian la anarquización del movimiento obrero, pretendiendo que los trabajadores organizados se mantengan en el puro terreno de la acción económica como diciéndoles: "comed, y lo demás vendrá por añadidura" — cometen un funesto error, a nuestro entender. Que el obrero piense como quiera — el hombre es libre de pensar y obrar como mejor le plazca — pero no cometamos el pecado de dejar hacer sin exponer las conveniencias que a los trabajadores ha de reportar la aceptación de nuestro ideario.

Se puede afirmar que en las clases medias e incluso entre las clases mejor acomodadas existen más individuos conocedores de la anarquía que entre la clase obrera.

Pero no nos engañemos y digamos, aunque parezca una herejía, que hay anarquistas y anarquistas. Los que se colajan entre la clase media y la burguesía son en su mayor parte anarquistas "diletantes", "sportsmen" del anarquismo. Como nuestras ideas son buenas y bellas — las más bellas y buenas de todas las conocidas — las aceptan de grado y hasta los hay que las propagan y las apoyan desde el periódico y la revista, desde luego sin dar el nombre por el perjuicio que podría reportarles la publicidad. Mas estos anarquistas no desean la anarquía por ahora, en tanto su logro haya de motivar una revolución que les arroje a ellos de sus actuales posiciones sin la garantía segura de mejorar de situación.

El proletariado sí que desea la revolución y aguarda, cada día más anhelante, el momento de lanzarse en la hoguera revolucionaria, el instante de dar el salto gigantesco, tenebroso, que le conduzca desde la nada al todo, desde las sombras a la luz, desde el mal hasta el bien. Y esto como sea, sin preocuparse del resultado de su gesto, de su esfuerzo que no le importa que sea ineficaz, porque tiene fe ciega en sus propios destinos, en su ideal y sobre todo mucho odio, más que los literatos del anarquismo, contra la sociedad que le esclaviza.

El proletariado es el pueblo; sólo en el proletariado anarquista — decía Pelloutier — puede tenerse confianza para la acción presente y futura de la emancipación humana.

Si ello es así — y nada nos demuestra lo contrario — ¿por qué no desear que la anarquía, el anarquismo, sean proletarios, sin que ello suponga que se proletarice?

Conviene no jugar con las palabras. La anarquía puede ser proletaria y debe serlo, seguros de que por ello no perderá ni una sola de sus esencias ideales, revolucionarias, humanas.

He aquí nuestra opinión, por si vale.

## LA REVOLUCION SOCIAL EN FRANCIA

Se titula el primero y segundo volumen de las obras completas de

MIGUEL BAKUNIN:

Están en venta en esta administración — Pídalas a nuestros agentes y paqueteros del interior.—

la mujer y escribieron en sus banderas la igualdad de todos los seres humanos.

Como dinamita obró el nuevo movimiento en los fundamentos del cesarismo romano. Comenzó la gran transformación de todos los valores. Los viejos dioses perdieron su influencia y ningún poder sacerdotal fué en lo sucesivo capaz de rehabilitar su desaparecida omnipotencia. La fe en la invariabilidad de lo existente nació del alma humana y esperanzas nunca abrigadas se abrieron camino desde las honduras.

¡Qué importó entonces la rabia ciega de los emperadores! ¡Qué importó que se arrojase a aquellos "cristianos", como se les llamaba despreciativamente, a las bestias del desierto y del bosque; que un loco furioso los emplease como antorchas vivientes para alumbrar a Roma! La sangre de los mártires hizo milagros, — irradió nuevo espíritu en el mundo y puso fuego desde las tumbas y desde la cruz a las chispas rebeldes en el corazón de los humildes y de los débiles. La cruz se convirtió en un símbolo y su visión impulsó más y más masas nuevas al movimiento que, por fin, derribó todos los diques e inundó el viejo mundo.

En las cavernas subterráneas y en las galerías de las catacumbas de Roma se reunió la nueva comuna, la nueva alianza de los proscritos y de los desterrados. Un miembro se integró al otro, bajo sangre y lágrimas fué soldada una nueva comunidad, cuyos portadores fueron inflamados por puro entusiasmo sobrehumano. Desde allí emigraron millares de hombres y de mujeres a todos los países a difundir la nueva doctrina y a anunciar a los esclavizados de esta tierra que se aproximaba el tiempo de la redención.

¡Qué valieron las artes de tortura de brutales verdugos y la cólera furiosa de los Césares! Se había formado una fe que podía trasladar montañas y que se atrajo masas en que ardía en clara llama el oscuro deseo.

La orgullosa Roma, que fué un tiempo alimentada con la leche de una loba, había resistido hasta entonces todas las tempestades. La sangre de la loba que circulaba por sus venas la hacía invencible. Reinos y ciudades cayeron bajo los golpes salvajes de las garras imperiales, que penetraron sangrienta y desgarradoramente en el cuerpo de la humanidad.

Roma arrolló a los árabes, y Cartago no existió más; el reino de Cleopatra cesó de existir. Jerusalén cayó en ruinas. Las águilas de las legiones romanas atravesaron victoriosas países y mares y se reflejaron en las aguas de lejanas corrientes. Nada podía hacer frente a ese poder.

Entonces se formó del seno de los pueblos un movimiento que no tenía a su disposición ninguna legión, que no tenía ningún poder en el Estado, que no tenía nada más que aquella fe indomable en la victoria y en la justicia de su causa. Y aquella fe capacitó a sus miembros para desterrar todo temor de su corazón y resistir a los más terribles. Ningún poder en la tierra había logrado contener la invasión funesta de sus masas habituadas al triunfo. Pero en su abnegación se rompieron las armas de la violencia, se quebrantó la voluntad despótica de los Césares.

Y el brillo de Roma palideció, la podredumbre que roía las raíces de su grandeza se manifestó cada vez más claramente. La propaganda de los rebeldes le arrancó de la cara la máscara mayestática y la mostró en su

senil decadencia. Había surgido un poder más fuerte que el poder de la espada y la arbitrariedad de los tiranos, un poder que arraigaba en el espíritu y que obró con hechos del espíritu. Contra ese poder tuvo que estrellarse el viejo mundo, como un barco sin timón contra los escollos puntiagudos.

Fué entonces cuando comenzó el martilleo de los pájaros carpinteros en el propio movimiento, y lo que no pudieron conseguir las más espantosas persecuciones, lo hicieron posible los métodos de los "prácticos" y de los solapados.

Los pusilánimes y los amilanados, los acompañantes que se suman a todo gran movimiento de las masas, comenzaron a reagruparse bajo el estandarte de los pájaros carpinteros. Se habló de acción práctica y se previno contra iniciativas irreflexivas. "¡Siempre con calma, honorabilísimos!", dijeron los pájaros carpinteros. "Las cosas buenas requieren tiempo". Y comenzaron a calcular y a hacer juegos malabares con los "hechos concretos" que embriagaron la cabeza de los oyentes. Algunos hombres se volvieron más sobrios y otros comenzaron ya a avergonzarse de su embriaguez. Las fuertes raíces de entusiasmo empezaron poco a poco a secarse: el ardoroso ímpetu que ardía hacia el cielo poderosamente desde profundidades desconocidas, se apagó lentamente para hacer plaza a consideraciones prácticas. Pero cuanto más se desarraigó la gran fe de las masas, tanto más atrevidamente criticaron los pájaros carpinteros a aquellos soñadores imprácticos que querían levantar sobre las ruinas del viejo mundo un reino de libertad y de igualdad.